

Rosalía de Castro

A ORILLAS DEL SAR

II

4

Una luciérnaga entre el musgo brilla  
y un astro en las alturas centellea;  
abismo arriba, y en el fondo abismo;  
¿qué es al fin lo que acaba y lo que queda?  
En vano el pensamiento  
indaga y busca en lo insondable, ¡oh ciencia!  
Siempre, al llegar al término, ignoramos  
qué es al fin lo que acaba y lo que queda.

Arrodillada ante la tosca imagen,  
mi espíritu, abismado en lo infinito,  
impía acaso, interrogando al cielo  
y al infierno a la vez, tiemblo y vacilo.  
¿Qué somos? ¿Qué es la muerte? La campana  
con sus ecos responde a mis gemidos  
desde la altura, y sin esfuerzo el llanto  
baña ardiente mi rostro enflaquecido.

¡Qué horrible sufrimiento! ¡Tú tan solo  
lo puedes ver y comprender, Dios mío!  
¿Es verdad que los ves? Señor, entonces,  
piadoso y compasivo  
vuelve a mis ojos la celeste venda  
de la fe bienhechora que he perdido,  
y no consientas, no, que cruce errante,  
huérfano y sin arrimo,  
acá abajo los yermos de la vida,  
más allá las llanadas del vacío.

Sigue tocando a muerto, y siempre mudo  
e impasible el divino  
rostro del Redentor, deja que envuelto  
en sombras quede el humillado espíritu.  
Silencio, siempre; únicamente el órgano  
con sus acentos místicos  
resuena allá de la desierta nave  
bajo el arco sombrío.

Todo acabó quizás, menos mi pena,  
puñal de doble filo;  
todo, menos la duda que nos lanza  
de un abismo de horror en otro abismo.

Desierto el mundo, despoblado el cielo,  
 enferma el alma y en el polvo hundido  
 el sacro altar en donde  
 se exhalaban fervientes mis suspiros,  
 en mil pedazos roto  
 mi Dios, cayó al abismo,  
 y al buscarle anhelante, sólo encuentro  
 la soledad inmensa del vacío.

De improviso los ángeles  
 desde sus altos nichos  
 de mármol, me miraron tristemente  
 y una voz dulce resonó en mi oído:  
 "Pobre alma, espera y llora  
 a los pies del Altísimo;  
 mas no olvides que al cielo  
 nunca ha llegado el insolente grito  
 de un corazón que de la vil materia  
 y del barro de Adán formó sus ídolos."

A la luna

I

¡Con qué pura y serena transparencia  
 brilla esta noche la luna!  
 A imagen de la cándida inocencia,  
 no tiene mancha ninguna.

De su pálido rayo la luz pura  
 como lluvia de oro cae  
 sobre las largas cintas de verdura  
 que la brisa lleva y trae.

Y el mármol de las tumbas ilumina  
 con melancólica lumbre,  
 y las corrientes de agua cristalina  
 que bajan de la alta cumbre.

La lejana llanura, las praderas,  
 el mar de espuma cubierto  
 donde nacen las ondas plañideras,  
 el blanco arenal desierto,

la iglesia, el campanario, el viejo muro,  
 la ría en su curso varia,  
 todo lo ves desde tu cenit puro,

casta virgen solitaria.

## II

Todo lo ves, y todos los mortales,  
cuantos en el mundo habitan,  
en busca del alivio de sus males,  
tu blanca luz solicitan.

Unos para consuelo de dolores,  
otros tras de ensueños de oro  
que con vagos y tibios resplandores  
vierte tu rayo incoloro.

Y otros, en fin, para gustar contigo  
esas venturas robadas  
que huyen del sol, acusador testigo,  
pero no de tus miradas.

## III

Y yo, celosa como me dio el cielo  
y mi destino inconstante,  
correr quisiera un misterioso velo  
sobre tu casto semblante.

Y piensa mi exaltada fantasía  
que sólo yo te contemplo,  
y como que es hermosa en demasía  
te doy mi patria por templo.

Pues digo con orgullo que en la esfera  
jamás brilló luz alguna  
que en su claro fulgor se pareciera  
a nuestra cándida luna.

Mas ¡qué delirio y qué ilusión tan vana  
esta que llena mi mente!  
De altísimas regiones soberana  
nos miras indiferente.

Y sigues en silencio tu camino  
siempre impasible y serena,  
dejándome sujeta a mi destino  
como el preso a su cadena.

Y a alumbrar vas un suelo más dichoso  
que nuestro encantado suelo,  
aunque no más fecundo y más hermoso,  
pues no le hay bajo del cielo.

No hizo Dios cual mi patria otra tan bella  
en luz, perfume y frescura,  
sólo que le dio en cambio mala estrella,  
dote de toda hermosura.

## IV

Dígote, pues, adiós, tú, cuanto amada,  
indiferente y esquiva;  
¿qué eres al fin, ¡oh, hermosa!, comparada  
al que es llama ardiente y viva?

Adiós... adiós, y quiera la fortuna,  
descolorida doncella,  
que tierra tan feliz no halles ninguna  
como mi Galicia bella.

Y que al tornar viajera sin reposo  
de nuevo a nuestras regiones,  
en donde un tiempo el celta vigoroso  
te envió sus oraciones,

en vez de lutos como un tiempo, veas  
la abundancia en sus hogares,  
y que en ciudades, villas y en aldeas  
han vuelto los ausentes a sus lares.

En las orillas del Sar (1884)

---

Cerrado capullo de pálidas tintas,  
modesta hermosura de frente graciosa,  
¿por quién has perdido la paz de tu alma?  
¿a quién regalaste la miel de tu boca?

A quien te detesta quizás, y le causan  
enojo tus labios de cándido aroma,  
porque busca la rosa encendida  
que abre al sol de la tarde sus hojas.

*En las orillas del Sar (1884)*

---

Cuando en las nubes hay tormenta  
suele también haberla en su pecho;  
mas nunca hay calma en él, aun cuando  
la calma reine en tierra y cielo;  
porque es entonces cuando torvos  
cual nunca riñen sus pensamientos.

*En las orillas del Sar (1884)*